

EN EL PRINCIPIO DEL NUEVO AÑO

EMPEZAR los años en enero es algo que al hombre de nuestra cultura y de nuestra época le parece tan natural como la alternancia del día y de la noche o la rítmica sucesión de las cuatro estaciones. Pero difícilmente podía haberse escogido para semejante función una fecha más artificial en la zona templada del hemisferio norte, y a orillas del Mediterráneo, que es donde se inició esta ley social, o, más bien, esta consecuencia de una decisión legal de orden político. Fue en virtud de una resolución del Senado y del pueblo romano cómo por primera vez el año 153 a.C., los supremos magistrados anuales, o cónsules, entraron en sus cargos el día llamado de las calendas de enero, en vez del 1 de marzo como ocurría antes.

Los nombres latinos de los meses en todas las lenguas europeas son todavía un testimonio inequívoco de que había habido una época en que el año romano, que es el nuestro, empezaba en marzo. Septiembre, octubre, etc... no quieren decir otra cosa que el mes séptimo, el octavo y así sucesivamente.

Algunos historiadores creen que la elección de enero fue el retorno a una costumbre etrusca, que había estado vigente en la Roma de los reyes, entre los siglos octavo y sexto a.C. También se relaciona la entrada del año, precisamente en enero, con la dedicación religiosa de este mes, siempre en Roma, al dios Jano, bajo cuya protección estaban todas las puertas del mundo latino.

En cualquier caso, es uno de esos hechos culturales que de seguro la humanidad no va a cambiar ya nunca. Hubo intentos de hacerlo en época cristiana, antes de que se impusiera como sistema cronológico la era cristiana, que no se empezó a generalizar, ni siquiera en la iglesia, hasta el siglo X, hace menos de mil años. Ciertos autores de las centurias quinta y siguientes sostenían que el año debía empezar el día en que había tenido lugar la creación del mundo, o sea, en el equinoccio de primavera, el 22 de marzo. Porque, como dice la Biblia en su versión latina, Dios, al fabricar el universo, *dividió* la noche y el día. Lo cual debía entenderse en el sentido de que repartió por igual el tiempo entre la una y el otro. A mediados del cuatrocientos se sabía bastante de astronomía como para identificar en qué jornadas se producía ese fenómeno natural. Por eso se las llamaba desde siglos antes equinoccios. En Europa sólo se tuvo en cuenta a efectos cronológicos el de la primavera. El año, pues, tendía a declararse empezado entre el 22 y el 25 de marzo y, finalmente, ya de modo fijo, en esta última fecha que coincidía con una importante celebración cristiana.

Pero ni se extinguió del todo en todas partes la tradición



ANTONIO
FONTÁN

de las calendas de enero ni dejó de aparecer en algunos lugares el 25 de diciembre como día de cambio del año. En fin, al término de la Edad Media, enero volvía paulatinamente por sus fueros. La reforma gregoriana del calendario de 1582 sancionó definitivamente el día 1. Los países protestantes se resistieron a adoptarla: en Inglaterra, por ejemplo, hasta 1751 se consideraba que el año empezaba el 25 de marzo.

Toda esta glosa cronológica no pretende ser un fácil alarde de erudición común en torno a la cronología. Justifica el cambio del título general de esta columna, que ahora será el de

España 85, como corresponde al nuevo año. Al mismo tiempo, enmarca el anuncio de algunos cambios en su enfoque por parte del periodista que la escribe.

Al lado de las cuestiones de política interior, de partidos y de previsiones o comentarios al *day-to-day* de la vida pública española, introduciré otros asuntos, quizá de más alcance a medio plazo, como los de orden cultural. Querría acertar a explicar la conciencia que los nuevos españoles de estos años van formándose de su propia identidad, que tiene manifestaciones muy visibles fuera de la política propiamente dicha, en el orden de la cultura y de la sociedad.

También, respecto de la política, intentaré presentar mis ideas sobre qué son, en el fondo, las realidades con que nos tropezamos a diario. ¿Qué son, por ejemplo, los partidos políticos de España, en general, y cada uno de ellos en particular? ¿Qué hay de estructural y qué de coyuntural, como dirían los economistas, en las crisis del PC, del PNV, en el aparente desarreglo liberal que parece condenar a la inoperancia a los intentos de esta ideología, etc...? También querría incluir mis reflexiones personales acerca de los libros en que se glosan asuntos de estos años.

RACIAS por la atención de numerosos lectores que me han hecho comentarios sobre lo que aquí he escrito desde mayo. La vida, como el tiempo, en un *continuum*, en el que las divisiones son siempre artificiales. Empezamos el 85 con los problemas que quedaron irresueltos en el 84. A lo largo de estos doce meses, quizá algunos se solucionen o se superen, pero no dejarán de surgir otros nuevos. Como, por ejemplo, los derivados de que el día 20 de diciembre el imprevisible coronel Gadafi aprovechó su paso por España para algo tan contrario a la realidad y tan ofensivo para nuestro pueblo como afirmar no que Ceuta y Melilla están situadas en otro continente y sometidas a intermitentes reivindicaciones marroquíes, sino que son ciudades árabes. Menos mal que, quizá por atención personal al presidente González, no dijo lo mismo de todo el valle del Guadalquivir.